

BOSQUEJO URBANO MONTEVIDEANO: ENTRE REMEMORACIÓN, CONMEMORACIÓN Y ABANDONO

“El olvido es percibido primero y masivamente como un atentado contra la fiabilidad de la memoria. Un golpe, una debilidad, una laguna. La memoria, a este respecto, se define, al menos en primera instancia, como lucha contra el olvido. [...] Y nuestro conocido deber de memoria se enuncia como exhortación a no olvidar.” (Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 129)

I - RECEPCIÓN Y REPUDIO DE LA MODERNIDAD CULTURAL EN EL URUGUAY DE LA PRIMERA URBANIZACIÓN

A lo largo de las inquietas décadas iniciales del siglo XX europeo, el profundo cuestionamiento del conjunto de valores heredados de la centuria anterior convirtió aquel turbulento comienzo de siglo en una etapa de insurgencia contra todas las expresiones culturales vigentes, los principios sociales comúnmente aceptados, las manifestaciones artísticas consideradas canónicas y, por ende, los valores estéticos consolidados. Aquellos movimientos de rebeldía conceptual que habían surgido en Europa ya a partir del primer decenio del siglo pasado se habían manifestado –en el ámbito artístico– mediante la emergencia de tendencias nacidas como corrientes revolucionarias, dirigidas a la renovación de una concepción obsoleta del arte y a sacudir las modalidades artísticas y cultura-

les consolidadas. Los avances de la tecnología, además de permitir que se alcanzaran niveles de producción inimaginables solo tres décadas antes, implicaron la posibilidad de desplazamientos masivos nunca experimentados; en relación al mundo rioplatense –y uruguayo en particular– objeto de nuestro análisis, estas nuevas oportunidades representaron el fundamento «técnico» de las continuas y aluvionales oleadas migratorias del período comprendido entre 1890 y 1950. Los drásticos cambios experimentados en el mundo en términos productivos –y, por ende, económicos y financieros– se relacionaron, en una dinámica de causa-efecto, con las turbulencias debidas a la agitación social, a su vez generada por los nuevos (des-) equilibrios internacionales: unas inquietudes vitales que, tanto en lo artístico como en lo social, desembarcaron en el Nuevo continente.

La relación que se desea establecer en-

tre las presentes reflexiones y el contexto socio-histórico y cultural del Uruguay de la segunda mitad del siglo XX y comienzos de la presente centuria encuentra su fundamento no sólo en el análisis de la manera en que el medio local reaccionó frente a la irrupción de las nuevas manifestaciones «importadas» y a los valores implícitos en ellas, sino también sobre las modalidades con que –a lo largo de todo el siglo pasado y en esta primera década del XXI– la sociedad y la cultura uruguayas han respondido a la llegada de las nuevas inquietudes, han visto crecer y consolidar un estado de bienestar, han asistido –ya a comienzos de los cincuenta– a los primeros signos del declive socioeconómico y político, han enfrentado los años de la dictadura militar (1973-1985), y han elaborado –sobre todo en el campo artístico y cultural– unas estrategias de supervivencia que han mantenido su vigencia incluso después del regreso del país a los valores democráticos.

La “reelaboración suavizada” de los estímulos externos a los que se vio expuesto el Uruguay, sobre todo durante el período de máximo auge de las vanguardias históricas, representa un elemento relevante para el desarrollo de nuestro análisis sobre las dinámicas poblacionales y de urbanización¹; para comprobarlo, haría falta volver

la mirada hacia aquella etapa histórica en la que sólo unas pocas ciudades del subcontinente americano se consolidaron como grandes centros cosmopolitas, mientras que otras muchas quedaron al margen de los circuitos internacionales, permaneciendo en una situación que se podría definir de “estancamiento controlado”. Una etapa, en suma, decisiva para que los centros urbanos forjaran su peculiar identidad y sus habitantes desarrollaran su propia manera de «estar en el mundo». Pocas ciudades latinoamericanas experimentaron aquel espectacular desarrollo social y urbanístico fundado en lo que Zenda Liendivít resume como “la búsqueda de las alturas”, que las lanzó al vértigo de la modernidad. Hubo, sí, una transición hacia los modelos culturales y las formas de elaboración del pensamiento que provenían del mundo europeo y norteamericano, pero estas modificaciones estructurales de la

ciudad latinoamericana –aun con sus notables diferencias– incorporó los movimientos iconoclastas procedentes de Europa como formas imprescindibles de expresión de la modernidad, en Uruguay la confluencia y aceptación de los vanguardismos fueron procesos matizados, que se caracterizaron por una adopción tardía de los mensajes innovadores y, sobre todo, por una escasa orientación hacia rupturas abruptas. Lejos de las inquietudes renovadoras que sacudieron la vecina orilla argentina, –es suficiente pensar en la obra de Oliverio Girondo de la etapa 1920-1930, cuando redactó sus *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* (1922) o *Calcomanías* (1925)–, en Uruguay la repercusión de las nuevas sensibilidades quedó atrapada en una actitud más conformista que aspiraba a una renovación pausada, sin rupturas violentas con el pasado.

¹ Lo que se quiere destacar en esta sección es que la Banda Oriental se caracterizó siempre por recurrir a formas interpretativas de lo ajeno basadas en una elaboración «apaciguada» tanto de los estímulos de corte social y económico trasplantados, como de las innovadoras corrientes artísticas importadas. Si en el ámbito cultural la so-

sociedad y del paisaje urbano sólo se manifestaron en un ámbito restringido, que abarcó las grandes ciudades y aquellos centros –como algunos puertos– ubicados en áreas neurálgicas para los comercios y los intercambios económicos.

Quedaron fuera del proceso de incorporación a la modernidad no sólo amplias zonas rurales del interior –una exclusión previsible–, sino también varios centros urbanos de antigua tradición colonial e histórica. En el territorio que ocupa en el presente la República Oriental del Uruguay, el núcleo urbano de más antigua tradición fue la ciudad de Colonia del Sacramento, que surgió a finales del siglo XVIII en la orilla oriental del Río de la Plata gracias a una intuición de los portugueses². Ya en la segunda mitad del siglo XIX, cuando los países industrializados alcanzaron su apogeo económico y manifestaron una pujante exigencia tanto de materias primas como de nuevos mercados hacia los que volcar su aumentada producción de bienes y servicios, Colonia –como otros centros de zonas rurales– empezó a que-

darse al margen de los procesos de desarrollo sostenido: la acumulación de capitales, la importación y exportación de materias primas y manufacturas, la instalación de bancos y filiales comerciales de empresas europeas y norteamericanas ya habían encontrado su natural escenario en las grandes ciudades, sobre todo en las capitales. En la pequeña ciudad costera de Uruguay, de la misma forma que en casi todas las áreas poco urbanizadas, el viejo patriado había arraigado profundamente y el pasado colonial, en vez de dejar lugar a la instauración de las formas de «vida moderna», se consolidó hasta dibujarse como estructura dominante, convirtiendo la ciudad en un espacio caracterizado por la inmovilidad³.

II – EL ÚNICO POLO DE ATRACCIÓN DE LAS “PRIMICIAS”: MONTE VIDE EU

El único núcleo urbano en la Banda Oriental idóneo, al menos en parte, para recibir y procesar el impacto producido en la sociedad y en la economía de la región por el contacto con las innovaciones procedentes de los grandes países industriali-

² Se trataba de un emplazamiento estratégico, ubicado justo frente al puerto español de Buenos Aires, que cumplía con los deseos del príncipe lusitano Don Pedro y que funcionó –en una primera etapa– como centro negrero y de contrabando. Su fundación se remonta al año 1680, cuando “de Brasil salió una expedición encabezada por el Maestro de campo Don Manuel Lobo. Éste tomó posesión del territorio y trazó una serie de cuadrículas, un damero, comenzando presto sus esclavos a levantar una fortaleza” (Jesús García Marín; Cristina María Bauzá de Mirabó López, 257).

³ La sensación de un tiempo detenido que se respira en Colonia del Sacramento aparece expresada –con la clarividencia y lucidez de quien la está experimentando en primera persona–, en la novela de Mario Levrero *El discurso vacío*. Afirma el escritor: “Caminar tres o cuatro cuadras en este clima tormentoso y en esta ciudad es una tarea de cíclopes. La desesperación se pega a la piel [...]. No se puede pensar en otra cosa que en encontrar algún lugar oscuro y fresco para tirarse allí y dejar que pase la vida” (41).

zados fue la ciudad de Montevideo, puerto fluvial de más reciente creación, en cuya bahía de gran calado podían desembarcar sus mercancías los buques imposibilitados a acercarse a los muelles del puerto –de aguas poco profundas– de la vecina Buenos Aires. Única entre las grandes capitales latinoamericanas de la contemporaneidad que no se vanagloria de haber sido fundada en la etapa de la Conquista, Montevideo, la «ciudad sin barroco», fue pensada y levantada a partir de 1724 como baluarte militar con finalidades estratégicas en la orilla oriental del Río de Plata. Desde su misma fundación, casi 200 kilómetros al este de la rival Colonia, donde el Río de la Plata confluye en el Atlántico, la ciudad tuvo asignado su rol militar. No obstante, esa vez no se trató de dotar a la colonización del territorio de una finalidad ideológica. Los centros urbanos que la Corona española había levantado en el Nuevo Mundo durante la primera mitad del siglo XVI respondían a un designio preconcebido cuya misión ideológica era la de «crear» una sociedad homogénea que reprodujera en el nuevo continente los valores hispánicos, europeos y católicos. Sin embargo, puesto que el momento fundacional de la capital uruguaya coincidió con una etapa más tardía de la colonización de América, hubo en su edificación diferencias conceptuales con respecto a la tradicional lógica de implantación: así, “San Felipe y Santiago de Montevideo alumbró entre 1724 y 1730, tras orden de Felipe V, ejecutada por el gobernador de Buenos Aires Bruno Mauricio de Zabala, y por motivos estratégicos; o

sea para cerrar en connivencia con Buenos Aires el Río de la Plata [...] y sobre todo para impedir la expansión portuguesa desde Brasil al sur” (García Marín, 99)⁴.

Si el nacimiento de Montevideo se vio marcado por un evidente carácter militar, a esta primera etapa siguió una fase de desarrollo sostenido como centro comercial regional y –según señala Romero– “como puerto, acelerándose su crecimiento cuando, en 1791, se convirtió en uno de los centros del comercio negrero para el Río de la Plata, Perú y Chile” (Romero, 148). Tras haber elegido el lugar para levantar el nuevo asentamiento urbano, los 267 pobladores iniciales –cien de los cuales habían zarpado desde varios puertos de las islas Canarias en el barco *La Bretaña*– mantuvieron el esquema fundacional geométrico que había permanecido inmutable durante los dos siglos anteriores y trazaron una serie de cuadrículas en damero, reafirmando así la vigencia de un modelo ideológico que superaba la simple necesidad de dominio para alcanzar un significado de ordenación del territorio⁵. La ciudad-fortaleza origina-

⁴ Dotado al principio de un solo fuerte provisional levantado sobre una península rocosa que cierra hacia el sur-este la bahía, el núcleo originario de la nueva ciudad se encontraba a merced de los corsarios ingleses y de los ejércitos portugueses, hasta tal punto que, ya hacia 1740, se tuvo que emprender la construcción de una muralla, y en 1749 el recién fundado centro urbano era plaza fuerte del Imperio español en las Indias bajo un gobernador militar.

⁵ El plan cuadrículado adoptado para la estructura urbana respondía, en efecto, a dos tipologías de intereses. Como señala Jean-Paul Lacaze: “D’une

ria se fue consolidando como puerto de enlace, con funciones de bastión mercantil que –en el caso del comercio de esclavos– se complementaban con la función de mercado: la profundidad de las aguas de su todavía diminuto puerto y la disposición en forma de U de las dos penínsulas (aquella donde surgió el núcleo originario y la del Cerro, al otro extremo) que cierran su bahía, hacían de Montevideo un reducto marítimo de fácil alcance para los navíos procedentes del Océano Atlántico y de relativa seguridad. Al parecer, fue precisamente la pequeña altura de la colina del Cerro, situada al noroeste de la bahía, el elemento orográfico que –como punto de referencia náutica– atrajo la atención de la expedición que emprendió Juan de Solís en 1516, al internarse en el Río de la Plata, cuyas orillas estaban todavía sin colonizar. La pequeña altura del Cerro parece también guardar un peso relevante en la toponimia urbana: de las distintas y divergentes versiones que circulan acerca del origen del nombre de Montevideo, quisiéramos aquí destacar la que retoma Fernando Aínsa, construida en torno del primer contacto español con la bahía y su

part, dans des pays vierges, dépourvus de traditions urbaines [...], la mise en place d'une grille orthogonale facilite la prise de possession du sol par l'installation des premiers colons [...]" (Lacaze, 30). Por otro lado, la estructura en damero simboliza, como se señaló, el triunfo del *orden* sobre cualquier hipótesis de *desorden* futuro, según Lacaze: «D'autre part, le plan traduit une volonté de mise en ordre et de contrôle liés à l'insécurité durable d'une situation d'exploitation coloniale» (30).

geografía: “‘Monte vide eu’ habría exclamado un marinero encaramado al mástil de la nave de Juan Díaz de Solís cuando se aproximó el dos de febrero de 1516 a la bahía [de Montevideo] y avistó el Cerro” (2008: 50)⁶.

III - CÁSCARAS SOBRE EL RECUERDO: LA DIFÍCIL PERDURACIÓN DEL TEJIDO URBANO

De las anteriores referencias a la lógica fundacional de Montevideo y a su controvertida toponimia, surgen una serie de reflexiones que nos permiten distinguir entre aquellas ciudades que se podrían definir como urbes *estratificadas* y aquellas otras en la que, en cambio, la superposición de vestigios de la memoria y de los valores culturales, históricos y arquitectónicos no se ha podido dar con la misma continuidad y densidad a lo largo de los siglos: ciudades, éstas últimas, para las que se observa una monumentalidad subrepticia que remite, entre otros ejemplos posibles, al panorama urbano de La Habana

⁶ En ausencia de un asentamiento preexistente, el proceso fundacional de Montevideo se basó en principios de orden práctico. Así, “la implantación de la ciudad se realiza en la península en relación con otros tres elementos del entorno: la bahía, que habilita la constitución futura de un importante puerto dadas las condiciones físicas; el cerro que constituye una referencia geográfica importante y un puesto de observación privilegiado; y la pradera, que ha de constituir su área territorial de influencia, de la cual se separa por la muralla” (Astori, Castagnola, Ferrando et al. 54).

que describe Alejo Carpentier en *La ciudad de las columnas*. Existe, en efecto, como patrimonio de la cultura universal, un conjunto de ciudades que el acontecer histórico y el azar han sabido moldear y preservar a lo largo de los siglos hasta crear en ellas un aura de perdurabilidad sin límites, que se extiende atemporalmente en la profundidad del tiempo. Se desprende de ellas una sensación de eternidad, como si siempre hubieran existido, testigos de los eventos humanos, modificándose según un lento e inexorable proceso de superposición que abarca tanto los elementos materiales de los que se constituyen –muros, piedras, edificios, monumentos–, como su cultura y sus valores intangibles. Son ciudades en las que la superposición de lo nuevo a lo antiguo no ha significado la desaparición de la memoria urbana, material e inmaterial. Con la excepción de unos pocos casos (como, por ejemplo, amplias zonas del París decimonónico), en estas «ciudades atemporales» el proceso de estratificación histórico, cultural y arquitectónico se ha ido desarrollando de manera continua, aunque lenta y no siempre constante, como si la condensación de capas superpuestas en un mismo espacio a lo largo de los siglos fuera un proceso tan imperceptible como inevitable. Estas “ciudades de la memoria” son urbes en las que han podido convivir y sobrevivir, según una relación unitaria y coherente de pertenencia, las expresiones de la cultura que allí se han manifestado en el tiempo⁷. La

⁷ Cuanto más se remonta la historia de una ciudad a

supervivencia de la historia cultural del pasado y su continua adaptación a las fases posteriores es lo que, según Simmel, hace de Roma una ciudad cuya “impresión incomparable [...] radica en la distancia entre épocas, estilos y personalidades, entre contenidos vitales que han dejado su impronta, amplia como en ningún otro lugar del mundo, pero aun así origen de una unidad, una sintonía y una relación que no se manifiesta en ningún otro sitio” (27). Es en esta armónica integración de elementos, en esta continuidad de un proceso de consolidación que atraviesa las épocas, donde reside el valor estético – surgido de la preservación– que caracteriza las ciudades estratificadas⁸.

En cambio, en un ámbito espacial en el que esta superposición de elementos culturales y artísticos se genera con dificultad, en el que el pasado desaparece arrasado por los dudosos avances de la modernidad, en el que no persiste –arraigada como va-

la profundidad de los siglos, más azarosa y alejada de un plan prefijado se hace la combinación de sus rasgos culturales y arquitectónicos. En una ciudad que ha sabido preservar la dimensión artística de elementos disonantes, el valor que el conjunto de las distintas realizaciones humanas adquiere en el momento de su combinación supera los simples objetivos originarios de las más recientes añadiduras.

⁸ Es esta unidad de la diversidad lo que hace que, según subraya Natalia Cantó Milá en su prefacio al ensayo de Simmel, “Roma se haya convertido en un conjunto armónico dentro del cual cada elemento ocupa un lugar que parece haber sido creado especialmente para él [...] Y es éste [...] el secreto de su apacible y a la vez inquietante atemporalidad” (18).

lor básico de la sociedad– la defensa de la memoria como patrimonio, no habrá tensión entre diversidades⁹, no habrá la misma preservación de la cultura que en las ciudades estratificadas, ni la misma salvaguardia de los valores éticos y estéticos que todo esto implica. Cuando una sociedad oculta las huellas de su pasado – mediante la destrucción o el simple olvido– lo que se produce es una negación no sólo de la historia, sino también del concepto mismo de devenir: una ciudad que se niega a rescatar y preservar el valor de las herencias dejadas por el tiempo insinúa una «falta de profundidad», como si se estuviera negando la existencia misma de la evolución histórica y se estuviera afirmando, por el contrario, la insignificancia de todo lo que no sea el *hic et nunc*¹⁰. Una sociedad que –como afirma Liendivit– “borra los rastros del pasado no hace más que negar que alguna vez fue de otro modo y posee la precaria ilusión de que allí el úni-

⁹ Haciendo referencia al valor estético de una superposición coherente, generadora de benéficas tensiones, sostiene Simmel que “la tensión entre la diversidad y la unidad de las cosas que confieren a la obra de arte evocaciones y sensaciones sería la medida de su valor estético” (28).

¹⁰ Manifestando su preocupación por la falta de atención que se presta en el mundo contemporáneo al hallar los antecedentes temporales de un proceso, Aínsa recuerda cómo “no es posible imaginar individuos o pueblos sin pasado, sin esa memoria colectiva que les otorga su propia razón de ser. El pasado es necesario para todos; es parte constitutiva de la identidad. Parece que de no remitirse a un pasado con el cual conectarse, el presente fuera incomprensible, gratuito, sin sentido” (Aínsa, 2006: 135).

co tiempo que existe siempre es el presente” (Liendivit, 1987). En estas ciudades «sin memoria», la modernidad irrumpe de manera desigual en el tejido socio-cultural, histórico y arquitectónico, y su impacto acaba ahogando los rasgos y los vestigios más auténticos de los valores de la sociedad. En muchos casos, esta irrupción no se manifiesta en otra cosa que en un ilusorio frenesí destructor que borra las manifestaciones de la cultura autóctona y anula la memoria del pasado.

La aplicación de las reflexiones anteriores al ámbito urbano montevideano, permite observar cómo el progresivo declive socioeconómico de la capital, la modesta y parcial preservación de lo antiguo (en una ciudad donde lo verdaderamente antiguo escasea), los estragos arquitectónicos de los últimos sesenta años y las heridas que la decadencia deja a diario en las estructuras tangibles e intangibles del país, han representado (y representan) un motivo central de las inquietudes del medio local, tanto a nivel sociopolítico, como cultural. A la observación de los efectos de esta contingencia en el ámbito literario dedicaremos la segunda parte de nuestro estudio, a modo de breve vuelo de pájaro sobre la “ciudad representada”.

IV – MONUMENTALIDAD DECAÍDA COMO LUGAR DE LA MEMORIA

En el contexto intelectual uruguayo, y literario en particular, la observación del “ruinoso presente” y la rememoración de las épocas aureas irremediamente perdidas constituyen ya a partir de la década

del cuarenta (basta pensar en gran parte de la obra de Felisberto Hernández) un tema central y recurrente en las letras locales, siendo la “ruinificación” urbana un componente reiteradamente presente en los escenarios ficcionales reproducidos en el país. Ya en *Por los tiempos de Clemente Colling* (1942), Hernández plantea un melancólico ejercicio de rememoración al recorrer las arboladas calles de la zona del Prado: allí, el quiebre del tejido social y urbano de Montevideo es relatado a partir del recuerdo de lugares y personas del pasado que el protagonista (el mismo Hernández) recupera en sus viajes en el tranvía número 42 de la calle Suárez. En el nostálgico lirismo de sus recuerdos se vislumbra un tono casi profético, al describir un paisaje urbano que empieza a mostrar con claridad el agotamiento de un modelo que comienza a caducar. El autor describe así el barrio de sus recorridos juveniles: “En aquellos lugares hay muchas quintas [...]. Ahora muchas están fragmentadas. Los tiempos modernos [...] rompieron aquellas quintas, mataron muchos árboles y construyeron muchas casas pequeñas, nuevas y ya sucias, mezquinas [...]. A una gran quinta señorial, un remate le ha dado un caprichoso mordisco [...]” (Hernández, 14).

Terminada la Segunda Guerra Mundial, ya en la década del sesenta, dos destacadas generaciones de escritores e intelectuales nacionales (la del '45 y la del '60) llamarán la atención sobre el declive del país desarrollando una «reflexión solidaria ante el resquebrajamiento del sistema social y político» (Aínsa, 1993: 22). Carlos Mar-

tínez Moreno, en particular, en su novela *Con las primeras luces* (1966)–, retrata la agónica decadencia del próspero Uruguay de la primera mitad del siglo, subrayando en la ficción la disgregación del tejido socioeconómico y la fragmentación del territorio urbano de zonas un tiempo salpicadas de grandes fincas y ahora parceladas en micro-áreas, en cuyos intersticios se insertan nuevas y «peligrosas» presencias humanas. El autor describe así los cambios logísticos y de conexión social ocurridos en Montevideo, una ciudad que ya había dejado de ser la excepción latinoamericana en términos de seguridad callejera y en la cual cada ruido nocturno ya empezaba a poder interpretarse como un tiro de pistola o un balazo: “tal vez [la botella] hubiera hecho un estampido seco y él habría oído, aunque es posible que lo hubiese confundido con un tiro, con un balazo en la noche, ahora que la quinta, ahora que el casco mutilado de la vieja quinta ha venido a quedar en medio de un barrio de mero-deadores, de desharrapados y malevos” (Martínez Moreno, 12)¹¹.

¹¹ En nuestro breve recorrido por las páginas literarias que reflejan los espacios urbanos montevidianos, se ha excluido voluntariamente la figura de Juan Carlos Onetti: el motivo de la exclusión reside en la evidencia de que el núcleo central de la obra del escritor montevidiano se ubica en la ciudad fluvial de Santa María, territorio imaginario que remite a los espacios urbanos de su maestro Faulkner (Yoknapatawpha), a la Comala de Juan Rulfo y que, posteriormente, reaparece en García Márquez y su Macondo. Santa María es el resultado de la nostalgia por la capital uruguaya: un juego de espejos del escritor,

Ya entrados en los noventa, Mario Benedetti, al publicar *La borra del café* (1992) se detiene en la descripción de los espacios abiertos de la ciudad, relatando los recuerdos de la infancia del protagonista en el Parque Capurro y poniendo en evidencia cómo el declive socioeconómico de la ciudad había empezado ya mucho antes de los sesenta: en los recuerdos del narrador, los espacios verdes –escenarios de sus juegos infantiles– ya eran habitados por pordioseros y *clochards*: “El Parque estaba casi siempre desierto, de modo que se convertía en nuestro campo de operaciones. A veces, cuando recorríamos aquellos laberintos, nos encontrábamos con algún *bichicome* borracho, o simplemente dormido, pero eran inofensivos y estaban acostumbrados a nuestras correrías. Ellos y nosotros coexistíamos en ese paisaje casi lunar y su presencia agregaba un cierto sabor de riesgo [...] a nuestros juegos” (Benedetti, 18). En la misma década, Miguel Ángel Campodónico publica la novela *Invencción del pasado* (1996), en la que –de nuevo– la zona del Prado con sus antiguas y

pero no es Montevideo. Incluso antes de la creación de Santa María (Juan María Brausen, uno de sus personaje, la imagina y “crea” en 1950, en las páginas de *La Vida Breve*), las narraciones de Onetti optan por elegir como escenario la ciudad de Buenos Aires (recordemos que, en la década del treinta, el primer relato de la serie con la que Onetti inaugura su actividad de escritor se titula emblemáticamente “Avenida de Mayo – Diagonal – Avendia de Mayo”). Las ambientaciones puramente montevideanas escasean y las pocas narraciones ambientadas en la ciudad uruguaya prediligen escenarios casi bucólicos (el parque Rodó, en el cuento “Mascarada”).

decrépitadas casas-quintas a orillas del arroyo Miguelete vuelve a ser el escenario para una nostálgica observación de la ruina; en la extensa representación ficcional del ascenso, auge y decadencia de los Angiulli – una familia de inmigrantes italianos capaces de ganarse en pocas generaciones un lugar privilegiado en el universo económico y social de Montevideo– un consistente apartado relata el triste recorrido de dos miembros de la familia, quienes –puestos arbitrariamente al margen de los acontecimientos familiares– se detienen en observar vestigios ya silenciosos del pasado y reflexionan juntos sobre el derrumbe: «Necesitaría que me hablaras, que me confirmaras que ya te has dado cuenta de que [nuestra antigua] casona es la que preferías entre todas las abandonadas, la que tantas veces observaste con aquella congoja que terminaba arrastrándote y te llevaba a vagar en silencio entre los árboles de su parque abandonado» (Campodónico, 27).

Montevideo es también la ciudad de rasgos ambivalentes que Gabriel Peveroni retrata en *La cura* (1997), novela en que la trama se ubica en Ciudad Detenida, espejo fiel del Montevideo real donde «lo común era el aburrimiento y las depresiones» (Peveroni, 134). El autor crea un *plot* narrativo que, con dureza descriptiva y ritmos frenéticos, dibuja el retrato de una generación urbana sin ilusiones: el escenario ciudadano –estancado en su lenta monotonía– entra en contraste con el drama de una generación acelerada que no encuentra valores ni estímulos y que se hunde en espacios claustrofóbicos, repitiendo los

esquemas psicológicos del drama existencial vivido en su voluntario encierro por el Eladio Linacero onettiano: «Creía cada vez encontrar la cura definitiva, pero volvía de inmediato a precipitarme en el túnel; en ese sótano que habitaba en Ciudad Detenida, lejos de toda posible felicidad» (Peveroni, 161).

A comienzos del nuevo milenio Hugo Burel –aun desarrollando gran parte de su ficción según el esquema de la nostálgica rememoración del pasado (en particular en la trilogía compuesta por *El guerrero del crepúsculo*, 2001; *Tijeras de Plata*, 2003; *El Club de los Nostálgicos*, 2011)– percibe la importancia de una representación espacial que incluya otras escenografías capitalinas. El escenario urbano de la Rambla de Pocitos –en el que el escritor ambienta su novela *El corredor nocturno*– resulta ser, en efecto, un lugar privilegiado por su carácter residencial, bien alejado de las descripciones de los semiderrumbados edificios de otras áreas urbanas. No obstante, tampoco Pocitos puede substraerse a una severa crítica comparativa por arte del autor: éste recuerda, en varios momentos de la novela, cómo la hoy moderna y convulsa Rambla de Pocitos tuvo que vivir la experiencia de anulación de la memoria del pasado. La Rambla, un tiempo flanqueada de edificios de estilo Art Nouveau surgidos durante la primera etapa de expansión urbana hacia el este, vio desaparecer en rápida secuencia los vestigios arquitectónicos de aquel periodo: la zona se fue convirtiendo en un paseo marítimo bordado de modernos edificios acristalados cuya

altura proyecta, hoy en día, sobre la playa una sombra prematura e innatural. La ubicación del relato bureliano en Pocitos permite ampliar el alcance de nuestro análisis y observar cómo, en estos lugares, los intentos de modernización acaban con frecuencia canibalizando expresiones culturales y arquitectónicas consolidadas y orgánicas: manifestaciones arquitectónicas que –sin embargo– son percibidas como incómodas, en cuanto alejadas *a priori* de un concepto de progreso que muy a menudo resulta equivocado. Como en muchas ciudades del continente sudamericano, parece aquí evidente la afirmación de una tendencia hacia esta forma de “canibalismo” que a su vez genera una fragmentación tanto social como urbanístico-cultural. El grave desinterés por la conservación del patrimonio de la cultura urbana determina una heterogénea e inorgánica alternancia entre las manifestaciones de la ciudad moderna por un lado y los vestigios del tiempo de la colonia y de la «ciudad patricia» por el otro, con una preocupante e inexorable tendencia hacia una progresiva desaparición de estos últimos. Las desigualdades debidas a la fragmentación social urbana –cuyas causas se encuentran relacionadas tanto con los desequilibrios del sistema económico como con los perversos sistemas de redistribución de las riquezas– se expresan, en la actualidad, en la creación de nuevas «ciudades-damero», no ya en el sentido que este tipo de plano estructural tuvo durante el periodo fundacional, sino en la presencia de áreas social y económicamente privilegiadas que se

alternan con amplias zonas deprimidas, en una continuidad de “blanco y negro” que va desarticulando la esencia misma de la convivencia y de los equilibrios sociales urbanos.

V - LA CUSTODIA ACTUAL DE LOS PSEUDO-VALORES INTANGIBLES DE LA PEQUEÑA URBE

Tanto en lo que a la demografía y a la densidad poblacional se refiere¹², como a su rol casi hegemónico en la vida intelectual, política, económica y comercial del Uruguay, Montevideo experimenta unas condiciones peculiares: a pesar de ser la «única metrópolis nacional», pasa a convertirse en simple centro regional cuando se produce una comparación con las demás capitales continentales. Para la pequeña capital de la Banda Oriental vale la siguiente pregunta: si es verdad –como sugiere Liendivit– que «el espacio que se está metropolizando es el que a la vez va a generar la coexistencia del tiempo nuevo y de lo anterior» (83), ¿se podría aplicar esta afirmación a la realidad actual de la ciudad y a los cambios que está experimentando? Montevideo no ha vivido la sobredosis de metropolización que ha impactado tanto en los horizontes, visible e invisible, de la vecina Buenos Aires, de los grandes centros brasileños, o de las andinas Santiago de Chile y Caracas. Sin embargo, también

en la capital uruguaya la tradicional y orgánica estructura social y urbanística se ha ido fragmentando. En primer lugar, se han ido debilitando, cuando no destruyendo, aquellos códigos compartidos que identificaban al montevideano y su ciudad (o que –en un proceso de autoatribución– el uruguayo se asignaba autónomamente): la educación, el respeto del prójimo, la defensa de las tradiciones y del pasado, la extrema dignidad –que persistía independientemente de los eventos externos–, la solidaridad y la gentileza como valores innatos, la cultura entendida como conocimientos profundos y no gritados, la definición de un sistema orientado hacia la salvaguardia de la seguridad física y legal y el cultivo de una calma existencial¹³. Si bien es cierto que cada grupo étnico tiende a construirse una serie de modelos autorepresentativos y autocelebratorios, el conjunto de elementos idiosincráticos que se acaba de presentar es el resultado no solo

¹² En relación a la distribución demográfica en el territorio de la población uruguaya, recuerda Fernando Aínsa que «en la actualidad, más del 50% de la población del Uruguay vive en la capital y su periferia». (2008: 43).

¹³ Acerca de la solidaridad oriental, Aínsa recuerda así su llegada a Montevideo, tras haberse convertido en *trasterrado*, para instalarse con su familia en el barrio de Malvín: “En plena represión franquista la emigración se impuso y el apacible Uruguay de un diciembre de 1951 [...] nos acogió en forma tan generosa que me olvidé de inmediato de mi infancia insular mallorquina a la que desterré a los sótanos de la memoria. [...] Nadie podía sentirse verdaderamente desterrado o expatriado en el Uruguay de entonces, tantas facilidades tenían los españoles, desde la ciudadanía legal adquirida sin dificultad hasta los derechos cívicos y políticos que permitían ser electores y elegidos en un sistema democrático hasta ese momento indiscutido y único en el continente”. (Giraldi Dei Cas, et al., 27).

de un proceso de autoatribución, sino de unos *standards* universales de moralidad y mérito con los que un acto es juzgado y que permite colocar a cada sujeto y a cada "mundo social" dentro de una categoría específica, a partir de las orientaciones y directrices éticas que suele expresar. Así, retomando los estudios que Fredrik Barth propone en *Ethnic group and boundaries. The social organization of cultural difference*, además de la construcción de modelos autorepresentativos, es innegable la presencia de un proceso de atribución de parte de los demás, por la cual la persona que pertenece a un determinado mundo social y cultural viene asociada a una serie de características típicamente nacionales pero universalmente reconocidas.

En el caso de Uruguay se trataría, en suma, de un conjunto de elementos idiosincráticos que hace que –desde la vecina orilla argentina– se afirme que Montevideo puede ser "el paraíso del sentido común, de la mesura y del respeto. Un enclave europeo en tierras americanas, con candombe en las calles y policías educados. Montevideo se descubre en [...] la calidez de su gente, educada y atenta como eran [...] nuestros abuelos. Montevideo es ese espejo que sólo devuelve la mejor imagen de nosotros mismos" (Jurado, 5).

Cabría preguntarse si esta visión desde el extranjero refleja hoy en día la real situación de la ciudad y hacia qué dirección se ha dirigido Montevideo en las últimas seis décadas. Si es verdad que no se ha metropolitanizado como sus hermanas mayores del continente, ¿en qué medida ha sido capaz

de mantenerse fiel a sí misma, a su cultura, a la organicidad de su entramado social, en definitiva a la memoria de su pasado? No existe, es evidente, una respuesta unívoca, y sin embargo parece haberse establecido en la ciudad la siguiente asimetría: por un lado, una decadencia evidente en términos macro-sociales; es decir, en aquellos aspectos relacionados con la creciente fragmentación de las relaciones sociales, la siempre más aguda impenetrabilidad entre clases, el sustancial aumento de las desigualdades y de la inseguridad, tanto doméstica como callejera. En relación con esta forma de "decadencia", afirma Aínsa que "la pasada estructura y organicidad de la ciudad, [...] ha fragmentado en apacibles o crispadas relaciones un todo, donde ya no es posible recomponer el bucólico vecindario de ciertos barrios y donde prima la creciente agresividad de ciertas zonas y los códigos de penetrabilidad de las más polarizadas socialmente" (2008: 44).

Al otro extremo, la defensa de valores idiosincráticos se manifiesta en una forma atípica pero arraigada de preservación de valores que se refiere más a la individualidad de cada sujeto que a una articulada y coherente salvaguardia de valores sociales compartidos. En términos individuales, esta defensa se manifiesta –sobre todo en las generaciones más adultas– en la preservación del sentido de la dignidad y del respeto mutuo, en una apacible, profunda y sosegada admiración por la cultura en su más amplia definición, en una natural tendencia hacia la educación y en una tole-

rancia mucho más solidaria que ciega¹⁴. Todos elementos que –posiblemente– representen el más valioso patrimonio urbano de Montevideo y de sus habitantes, y que está siendo amenazado por un nuevo orden que valora más los fugaces logros inmediatos que el sólido resultado edificado sobre el esfuerzo diario.

La capital uruguaya se ofrece, así, a la mirada bajo una doble luz: por un lado, pese a su progresivo deterioro, sigue siendo una suerte de baluarte de los valores de la tradición más auténticamente oriental; es el caso de la dignidad en la decadencia pues –como subraya Aínsa–: “En este Montevideo, fachada de una trastienda empobrecida, seguía (y sigue) habiendo un señorío incólume. En sus calles y avenidas se respira una respetable decadencia; en sus edificios sobrevive con melancolía un orden estético no abolido; en sus populosos barrios periféricos [...] está presente el sobrio recato del campo [...]” (2008: 42). O de la solidaridad desinteresada y sincera, co-

mo relata Mario Delgado Aparain en su novela *Vagabundo errante* (2009) al describir las andanzas nocturnas de un extranjero, en este caso un diplomático de la ex-Yugoslavia, por la ciudad: “Se largó a caminar en dirección al Parque de los Aliados, con la intención de refugiarse un rato en alguien que le asegurara minutos de fraternidad, sin pedirle nada a cambio, tal vez un mínimo pero genuino sosiego sin que mediara explicación alguna, como sólo era capaz de proporcionárselo su amigo el Conde Pedro Pereira. Si algo le gustaba de Montevideo era que allí la probabilidad de tener un encuentro semejante era siempre posible” (153).

En evidente contradicción con lo anterior se encuentra una diferente e innegablemente dura realidad urbana, la de una ciudad fragmentada en la que la polarización extrema ha ido destruyendo los más arraigados valores de la cultura local; una ciudad en la que el rápido proceso de pauperización ha degradado tanto el respeto por el prójimo y el pasado como la defensa del patrimonio histórico-cultural. Así, podría resultar sugestivo reflexionar sobre si todavía en la capital del Uruguay el tiempo fluye con la misma lentitud que caracterizó hasta hace menos de un siglo la vida en las calles ortogonales de la Ciudad Vieja, los paseos dominicales por los arbolados senderos del Parque del Prado o las compras por los entonces elegantes comercios de la Avenida 18 de Julio; sin embargo, tratar de encontrar una respuesta adecuada –que supere los límites de la simple observación empírica de fenómenos urbanos poco re-

¹⁴ En relación con las manifestaciones urbanas de solidaridad, Mario Delgado Aparain reúne en *Vagabundo errante*, cuentos centrados en la vida de un “bichicome” montevideo, mendigo que vive en un parque del centro de la ciudad y cuya alimentación depende en gran medida de la solidaria generosidad de los dueños de bares, restaurantes y boliches. En el ejemplo que sigue se presenta el caso de una pata de cordero que, según cuenta uno de los personajes de la ficción, había sido “abandonada por un ingeniero hoy a mediodía en una mesa de *El Palenque*. Para tenerla, hice el sacrificio de esperar cerca de cuarenta minutos, de pie, viendo pasar comida y más comida, hasta que el mismo chef me vino a atender en persona” (18).

presentativos de las reales tensiones internas– implicaría detenerse no sólo en la estructura y en los mecanismos de la sociedad uruguaya, sino también en los efectos sobre ella de cambios y procesos existentes a nivel internacional como, por ejemplo, los que van convirtiendo el concepto de tiempo en un mero «espacio» destinado a ser atravesado a toda velocidad. Mas, así, ya se franquearían los límites del ámbito literario que nos hemos impuesto al comenzar nuestro estudio.

BIBLIOGRAFÍA

- AÍNSA, Fernando: *Nuevas fronteras de la narrativa uruguaya (1960-1993)*, Montevideo, Trilce, 1993.
- : *Del topos al logos*: Madrid, Iberoamericana, 2006.
- : *Espacios de la memoria. Lugares y paisajes de la cultura uruguaya*. Montevideo, Trilce, 2008.
- APARAÍN DELGADO, Mario: *Vagabundo errante*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009.
- ASTORI, Danilo; Castagnola, José Luis; Ferrando, Jorge; Marinoni, Mirtha; Martorelli, Horacio: *Los marginados uruguayos. Teoría y realidad*, Montevideo, Banda Oriental, 1986.
- BARTH, Fredrik: *Ethnic group and boundaries. The social organization of cultural difference*. Illinois, Waveland Press, 1998
- BENEDETTI, Mario: *La borra del café*, Buenos Aires, Planeta, 2000.
- CAMPODÓNICO, Miguel Ángel: *Invencción del pasado*, Montevideo, Planeta, 1996.
- CANTÓ MILÁ, Natalia: "Prólogo. Roma, Florencia, Venecia". En: Simmel, Georg: *Roma, Florencia, Venecia*, Barcelona, Gedisa, 2007.
- GARCÍA MARÍN, Jesús; Bauzá de Mirabó López, Cristina María: *Uruguay*, Madrid, GAESA, 2002.
- GIRALDI DEI CAS, Norah; CHANTRAINE BRAILLON, Cécile; IDMHAND, Fatiha: *El escritor y el intelectual entre dos mundos. Lugares y figuras del desplazamiento*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2010.
- JURADO, Miguel: "Visita a SimCity". En: Raffaglio, Laura: *Guías de Arquitectura Latinoamericana: Montevideo*, Buenos Aires, Clarín–Berto González Montaner Editor, 2008, p.5.
- HERNÁNDEZ, Felisberto: *Seis relatos magistrates*, Montevideo, Alfar, 2003.
- LACAZE, Jean-Paul: *Les méthodes de*

- l'urbanisme*, Paris, Presses Universitaires de France, 1990.
- LEVRERO, Mario: *El discurso vacío*, Barcelona, De Bolsillo, 2009.
- LIENDIVIT, Zenda: *Territorios en tránsito. Ensayos sobre la ciudad moderna*, Buenos Aires, Contratiempo Ediciones, 2008.
- MARTÍNEZ MORENO, Carlos: *Con las primeras luces*, Barcelona, Seix Barral, 1966.
- PEVERONI, Gabriel: *La cura*, Montevideo, Alfaguara, 1997.
- RAFFAGLIO, Laura: *Guías de Arquitectura Latinoamericana: Montevideo*, Buenos Aires, Clarín–Berto González Montaner Editor, 2008.
- ROMERO, José Luis: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- SIMMEL, Georg: *Roma, Florencia, Venecia*. Barcelona, Gedisa, 2007.

GIUSEPPE GATTI

Università di Roma "La Sapienza" (Italia)